



(Cybor) Humanidad y pandemia: al filo del mañana

Griselda Casabone

Question/Cuestión, Nro.73, Vol.3, Diciembre 2022

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

ICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e767>

(Cybor) Humanidad y pandemia: al filo del mañana

Griselda Casabone

PLANGESCO

Argentina

gri_casabone@yahoo.com.ar

<https://orcid.org/0000-0003-3608-1853>

«No corras. Ve despacio, que donde tienes que ir es a ti mismo».

Juan Ramón Jiménez

Resumen

A partir de la pandemia Covid 19, la autora reflexiona en torno de los efectos del capitalismo sobre la especie humana, el vínculo conflictivo con la naturaleza y el surgimiento de una ciborg humanidad, una instancia provisoria e inevitable en el proceso de la evolución que somos.

Palabras clave: pandemia, subjetividad, capitalismo, ciborg humanidad.

Hace mucho tiempo, entrevisté para una revista de nuestra Facultad(1) a Ángel Plastino, en ese momento Decano de Exactas, por una investigación en la que procuraban explicar, mediante una compleja fórmula matemática, la extinción masiva de dinosaurios. La

tesis era que los reptiles no desaparecieron por factores externos –un meteoro, según la aceptación generalizada o un movimiento telúrico- sino que se trataría más bien de un paso más –necesario, inevitable- de la evolución de las especies: los dinosaurios no se extinguieron por un accidente aislado, externo, sino que fue el resultado de una, digamos, autodestrucción “impresa” en su propio ADN.

Hablaba Plastino, a propósito de la matemática, Darwin y los dinos, de la soberbia humana que se cree la culminación de la existencia, esa carta libre que le permite disponer de las demás especies y recursos como si fuera el/la dueño/a. “No somos la culminación de nada, ni superiores a nada. Somos un eslabón más en la evolución. Habría que ver, en el correr de los milenios, si por necesidades de adaptación –eventos naturales o provocados por el hombre- no mutamos, cambiamos, incluso, nuestra anatomía para adaptarnos a los caprichos de la naturaleza. O nos extinguimos”, alertaba el investigador.

En el auge de la pandemia COVID 19, aislada, aterrada, con la muerte como única certeza, mientras escuchaba el suave ronroneo de mi gato enroscado en el sillón conectado ancestralmente con ese cálido sol de otoño, sin más pretensiones que estar y que de vez en cuando le acariciara la barriga; mientras cantaban y se entrecruzaban en el estrecho cuadrado de mi patio cientos de especies de aves cantando su canto atávico, disfrutando anchos y libres del cielo durante nuestro ostracismo; crecían, se expandían las plantas y flores que cuido, a su ritmo, agua, sol, ajenas a nuestras hecatombes, comencé a pensar que tal vez la pandemia fuera un mensaje cifrado, una invitación feroz pero necesaria de reconocer la posibilidad de habitar el mundo de otra forma, otras maneras de asumir la naturaleza, esa insuficiente, vana elipsis con la que designamos todo lo que no somos nosotras/os, las y los humanas/os. Valorar las ventajas aparentes de nuestra especie –la conciencia, la inteligencia, la sociabilidad, el lenguaje- claro, pero sin dejar de cuestionar nuestra supremacía siempre frágil, provisoria, prepotente, unilateral.

Encerradas/os en nuestras casas –las/os que tenemos el privilegio-, a merced de una plaga mortífera, maltratada nuestra omnipotencia, expuesta nuestra vulnerabilidad a niveles impensados hasta entonces, me preguntaba cómo saldrían nuestros cuerpos, nuestras subjetividades de la pandemia, qué aprenderíamos, qué deberíamos aprender, qué habríamos de cambiar para continuar ostentando el derecho a estar, gozar de la simple, prodigiosa posibilidad de ser.

Observé en esos tiempos lábiles, oscilantes, oníricos, que mi cuerpo cambiaba: perdí [visión](#), comencé a sentir que no podía abrir la boca hasta que se trabó la mandíbula por un severo [bruxismo](#) y tuve que recurrir, de urgencia – en ese contexto en que lo urgente se volvió relativo- a una prótesis bucal. El cuerpo ajeno se convirtió, también y de repente, en una amenaza: las anatomías dudosas –todas/os potenciales contagiantes-, las distancias, las miradas desconfiadas, medidos (detrás de la línea, detrás del vidrio, tantas personas dentro del local), contados en metros (1m, 1,5, 2 de distancia). Tuve ataques de pánico y dos episodios graves de [depresión](#) que debí resolver con un terapeuta virtual en azarosa gestión. Los trámites en línea: desde las prescripciones médicas hasta los pagos de servicios; las cursadas académicas, los encuentros y festejos vía Zoom, Webex o Whatsapp. Una amalgama tumultuosa de eventos en que los cuerpos capturados por el virus improvisaron alternativas –y saberes- para continuar una suerte de existencia mínima pero aun así, y pese a todo, todavía humana. Mientras esperábamos, con ansias, el milagro: la vacuna urgente.

La soberbia humana cacheteada en el término de un mes, un día. Nuestro poder sobre el planeta, sobre el resto de las especies desarmado por qué, ¿un virus?, que estaba ¿dónde?, ¿en todas partes? ¿Surgido de un laboratorio chino, de un experimento para limpiar al planeta de la ancianidad, de quedarse con sus cajas bancarias? O tal vez, más sensato y natural: 1) de una evolución que volvió inútiles los antibióticos para ciertas enfermedades producidas por nosotras/os mismas/os; 2) nuestra ingenua vocación de dioses, creando vida, modificándola, alterándola, con la necia convicción de que, como seres superiores, podemos disponer del planeta y del universo a nuestro antojo, sin consecuencias y que nos ha llevado al escándalo de que un bicho microscópico pueda ser mucho más eficiente que las y los humanas/os en la porfía del existir: la selección natural, nuestro propio meteoro.

No todo fue siniestro, sin embargo. En la larga noche de la pandemia, acosada por el miedo, el frío, la incertidumbre, descubrí que podía dibujar. No sé dibujar. Me había declarado unilateralmente –como hacemos con tantas habilidades y saberes- incompetente para el dibujo. La experiencia fue surrealista, quizás matizada por el contexto. Lo cierto es que una noche de junio, julio, mientras buscaba una palabra para terminar un crucigrama heredado de mi madre, la figura de un alfil me susurró, imperativo, “dibujame”. Era tan urgente la voz, tan insistente que - como poseída- empecé a delinear mi versión justito al lado del original. Me sorprendió la exactitud de la copia. La contemplé durante un rato largo, intentando entender de dónde había

salido, quién, en realidad, la había realizado. A la mañana siguiente, suponiendo tal vez un sueño, de esos poderosos, persistentes que a veces nos atrapan, los alfiles estaban allí, sin embargo, la prueba de la vigilia, y en un impulso físico irreprimible, revolví la casa buscando papeles, hojas, nuevas, usadas, me senté junto a la ventana del sol y durante todos los días de los dos meses siguientes, fueron surgiendo dibujos como frases, tan parecidos a los originales que no tuve tiempo para la sorpresa. Era algo que podía, que tenía que hacer. Como decidir seguir respirando, sobrevivir.

Caos y Modernidad

De eso se trata esta reflexión: en el medio de la incertidumbre llegaron a mí, balbuceantes, difusas en un principio, en la disputa entre mi Yo y mi Sujeto, en el parto entre el espanto y la esperanza, ciertas revelaciones que no han dejado de abrirse y abrirme (a) dimensiones de mí misma y de mis otras/os que no sé si habrían ocurrido sin la pandemia.

En primer lugar, que nuestra fragilidad –y nuestra impotencia- es directamente proporcional a la negación del caos como condición intrínseca de la existencia: somos porque hubo caos; nacemos del caos y esto aplica tanto al nacimiento del universo como de la humanidad. La metáfora no deja de tener su encanto: así como el universo nace de una explosión, de una combinación caprichosa de átomos y tiempos, la vida humana surge del cruce caprichoso, inexplicable, inentendible, caótico, entre un óvulo y un espermatozoide, una explosión, una expulsión y henos aquí. El caos rige, nos rige. Es la posibilidad de la evolución, de la continuidad de la vida.

El miedo atávico, original, primordial es el temor al caos y este temor al caos nos ha conducido a la obsesión por el control: observar, medir, comprobar, clasificar. La racionalidad moderna no es más que una forma de negar el caos. Y la muerte, claro. Así como la religión mira hacia arriba en busca de respuestas, la Modernidad –nuevo dogma- miró hacia adelante: el progreso era la garantía de futuro. La instrumentalidad del pensamiento racional y occidental –y capitalista, debemos agregar- ordena, controla, normaliza, suprime, aniquila o expulsa las diferencias desde su origen y traza un flechazo perfecto desde un punto A a un punto B en una trayectoria asumida como la única posible, con algunas adecuaciones: la historia de la epistemología del conocimiento.

Y también la construcción de un esquema dicotómico caduco y a esta altura ineficaz, la pieza rota de la perfecta maquinaria imaginada: derecha / izquierda, oriente / occidente, norte/ sur, Estado / Mercado, conocimiento / ignorancia, vida / muerte, cuerpo/mente, evolución / involución, progreso / atraso... Bipolaridad que se mueve dentro de la misma matriz –la capitalista- que [ya no nos permite vislumbrar otras posibilidades de existencia](#). Qué es “la grieta” sino ese no espacio entre los valores que todavía no se resignan a ceder su primacía y una humanidad atravesada por tantas y poderosas capas de sentidos –contradictorios, superpuestos, extremos, incompatibles- que nos llevan a agarrarnos como podemos de algunos de los bordes para no caer en el precipicio de la nada. “El Capitalismo funciona por ahora como el Saber Absoluto de nuestro tiempo”, reconoce el pensador [Jorge Aleman](#).

“A la teoría de la evolución de Darwin habría que confrontarla con otra. Una que hable de la involución humana. Vivimos tiempos de ideas supremacistas, xenófobas, que se expresan sin filtro en el mundo real y tienen su tribuna ideal en el mundo virtual”, afirma el periodista [Gustavo Veiga](#) en Página/12. He aquí una prueba de la impregnación del modelo binario: involución es lo contrario de evolución; no podemos pensar al margen de esta estructura estructurante. La evolución es para allá, para donde señaló el dedo triunfante que imaginó una humanidad creciente, iluminada, iluminista, eficiente y eficaz, destinada al éxito y el dominio; sino, es involución. ¿Y si no fuera ninguna de las dos? ¿Y si fuera algo más, algo fuera de los límites de nuestra humana comprensión?

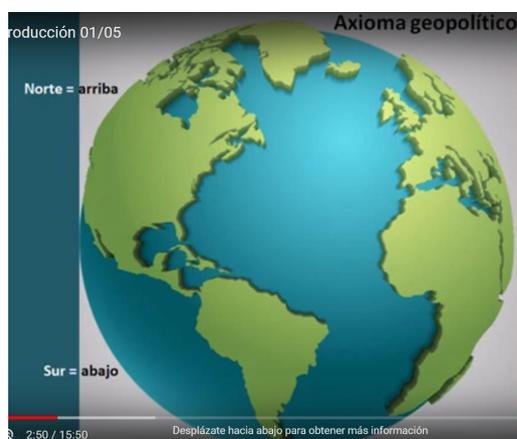
El progreso es el hijo bobo de la evolución: una idea que impulsó una carrera con consignas que se dieron por descontadas pero que en el proceso se convirtió en una prisión en la que gozan los que administran el [derrame](#) y padecen quienes no dan con el perfil, los méritos, las competencias.

Lenguajes

[La hipótesis de Sapir-Whorf](#) es una suposición del campo de la lingüística que en síntesis afirma que la lengua da forma al pensamiento. Es decir: porque hablamos de cierta forma pensamos de cierta forma. “El principio sugiere que la cultura, mediante el lenguaje, afecta nuestra manera de pensar, en especial nuestra forma de clasificar el mundo que percibimos” (Alcíbar, 2017). La teoría actualiza un viejo problema filosófico: el vínculo siempre polémico entre sujeto cognoscente y objeto cognoscible. “La realidad es siempre realidad

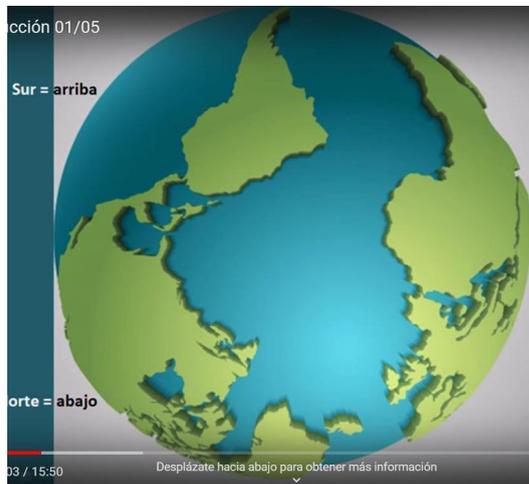
descrita por medio del lenguaje por tanto es ella misma la productora de tal mundo”, aclara el autor. “El hombre vive con los objetos de la manera como el lenguaje se los presenta”, dirá, por su parte, Humboldt (ib).

El [relativismo lingüístico](#), como toda hipótesis, ha sido discutida y se actualiza y reformula en el tiempo. Sin embargo, es un argumento para ilustrar cómo el etnocentrismo occidental-capitalista ha decidido que debemos ver el mundo(2):



De esta manera, hemos naturalizado que esta es LA disposición correcta, normal: un norte, arriba; y un sur, abajo, con la misma lógica asociativa que se ha determinado que las mujeres y las minorías vamos debajo, detrás, afuera.

Sin embargo, nada impide leer así:



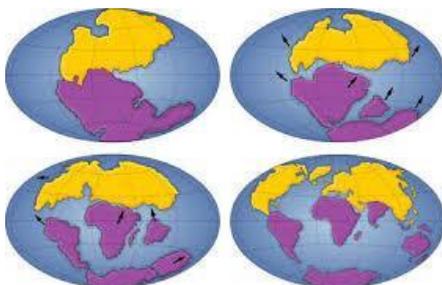
Me permití indagar entre mis conocidas/os cuál era la figura correcta y sin dudar señalaron la primera. Por qué: porque la segunda “está al revés”. Por qué: porque la primera “es lógica”. Por qué: porque así lo aprendieron en la escuela. Sin embargo, esa certeza no es un dato, una verdad científica: es una percepción. Sabemos que en el espacio no hay atmósfera, que los planetas y demás astros flotan, están suspendidos sin referencias de arriba/abajo, oriente/occidente, según leyes, principios que tal vez nunca lleguemos a comprender y explicar. Es una percepción, entonces, construida, institucionalizada, naturalizada, asumida como saber racional, irrefutable, con terribles consecuencias para el desarrollo no sólo del conocimiento sino también del progreso de los pueblos –de su evolución y existencia-, y explica –y sirve para justificar- los avasallamientos de razas –otro concepto erróneo- superiores” sobre otras presuntamente inferiores, la historia de la extinción del hombre por el hombre con el aval conceptual de la ciencia.

Esta racionalidad occidental y capitalista consagra una sola forma de leer: de derecha a izquierda, de arriba hacia abajo, un modelo caprichoso y prepotente, que ha servido para sojuzgar, exterminar y mantener el estatus quo de la exclusión, la segregación, la discriminación: la eliminación.

Pero no sólo eso. Enseña que el mundo “es así”, plano y estático:



Sin embargo, esta forma no sólo está en cambio permanente, sino que es producto de un proceso de millones y millones de años de movimientos tectónicos que mantienen en constante dinamismo lo que nosotras/os vemos como acabado, definitivo(3).



Es decir, el lenguaje que somos decide olvidar que la vida, el planeta y las especies que lo habitan, son sólo momentos de un proceso constante de evolución que no deja de transcurrir, justo ahora, en este mismo momento que escribo estas líneas.

Somos propensos a aceptar lo que a primera vista nos parece razonable; sin embargo, [Derrida](#) propone hacer una deconstrucción de cuanto resulta natural a la reflexión filosófica y provoca una generalización de la racionalidad, para hacer en cambio un nuevo acercamiento a preguntas radicales del pensamiento humano. Derrida, con su deconstrucción, nos invita a ir más allá del pensamiento occidental, porque es dominante y analiza el mundo de acuerdo con los parámetros de su propia cultura, cuando debemos ir más allá para detener la preconcebida comprensión de los significados(4).

¿Qué pasaría si hubiera otras formas de leer, de entender? ¿Qué tal si el tiempo no es sólo continuidad sin fin, sino una serie de puntos azarosos, discontinuos, divergentes, con dimensiones que –como yo frente al dibujo- hemos abandonado porque no entran dentro de los “patrones” que nos han forjado, de los saberes consagrados, de nuestras posibilidades de mirar? ¿Y si resulta que podemos leer -y construimos- de derecha a izquierda, de abajo hacia arriba, desde ambos lados al mismo tiempo?

La humanidad se [construye](#) y [deconstruye](#) en un *continuum* que da cuenta del arduo proceso de conocer. La homosexualidad fue una enfermedad; las mujeres y minorías, inferiores al hombre, las y los judías/os, exterminables, los pueblos nativos, conquistables, el Sol gira alrededor de la Tierra, hay guerras justas y otras aberrantes, Nagasaki e Hiroshima. Cuánta vida y naturaleza se arrasaron en nombre de la Razón.

Deconstruir parece significar ante todo: desestructurar o descomponer, incluso dislocar las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un determinado sistema o de una secuencia histórica; también, desedimentar los estratos de sentido que ocultan la constitución genética de un proceso significativo bajo la objetividad constituida y, en suma, solicitar o inquietar, haciendo tambalear su suelo, la herencia no-pensada de la tradición metafísica. (Vásquez Rocca, 2016)

Deconstruir no es destrucción sino, básicamente, la posibilidad de dudar, primer signo de una inteligencia en evolución. Descomponer, desagregar los sentidos para reconocer las capas geológicas de estructuras que los rigen. “Los ‘significados’ están sostenidos por conexiones de todo tipo entre elementos del lenguaje y nuestras interacciones lingüísticas con el mundo. Por contrastes entre lo metafórico y lo literal, la retórica y la lógica y por otras nociones centrales de la filosofía. Sin argumentos que los justifiquen, estos significados no tienen el fundamento que su uso presupone”. (Ib).

Pensar por una/o mismo es una fantasía, una utopía en el mejor de los casos; un deseo de buena voluntad. Recién en el medio de la multitudinaria marcha de “Ni una menos”, en 2015, mientras caminaba con las/los compeñeras/os, me di cuenta de que había sido víctima de abusos. Tenía 56 años y pude re-conocer mi situación por los relatos repetidos de las mujeres y minorías violentadas. Había naturalizado tanto el abuso que ni siquiera lo registraba como parte de mi historia. Los procesos instituidos se re-velan porque alguien, en

algún momento, comenzó a nombrarlos, a designarlos y esa designación nos interpeló y nos integró y desviamos el “rumbo natural de las cosas”.

Nos deconstruimos, intentamos pensarnos, con un gran esfuerzo mental, espiritual: un acto de amor por las y los otras/os, nos-otras/os, una respuesta al miedo y la soledad. Pero no puedo pensar al margen de mi clase (burguesa, con mis gustos burgueses, mis necesidades burguesas); no puedo pensar al margen del modelo capitalista y occidental que estructuró mi identidad. Me deconstruyo dentro de una estructura: como mamuskas, cuando sentimos que hemos abierto una, emerge, omnipresente, omnipotente la siguiente, y así.

Pero, a propósito del miedo, de la muerte, de su inminencia, fueron apareciendo como espinas de lucidez, los fantasmas de cómo estas matrices preponderantes cerraron posibilidades de existencias alternativas, menos alienantes e impuestas. Así, de a poco, entendí que las instituciones “sagradas” (amistad, familia, amor) reproducen la matriz económica que rige el capitalismo, nos rige: meras transacciones comerciales (“cuánto me querés”, “a quién querés más”, “yo te di mi vida”, “te amo pero sos mía/o”, “la/lo trato así porque ella/él me trata igual”, “no la/lo llamo porque no me llama”; “no la conozco pero no me gusta”; “no es de las/os nuestras/os); negociaciones con contratos y cláusulas dudosas (“responsabilidad afectiva”), con requisitos y formalidades que devalúan los vínculos en pos de relatos que se resquebrajan porque hay cosas que se resisten a la clasificación, al control, al triunfo del hombre sobre la naturaleza, a la medición. Necesito creer que existe la posibilidad de ser liberadas/os del capital y sus intereses; que, consumidora/consumida, puedo aspirar a una existencia no regida totalmente por el mercado para innovar, explorar modos propios de ser y estar. Amar. Morir.

Producida en y por el capitalismo, mis convicciones, aún las más progresistas fueron programadas. Uno de los primeros signos que percibí en los primeros días de la pandemia, como liberación y constancia, es que precisaba muchas menos cosas de las que tenía. O al revés: que tenía mucho más de lo que necesitaba. Y que eso que necesitaba era una carga: bienes, servicios, compromisos, vínculos instituidos (copia y pega, repetición, hábito), des-almados: las lecturas correctas, la música correcta, los comportamientos correctos, los saberes correctos, los métodos correctos, los viajes correctos, la Patria correcta. Lo que no entra dentro de los valores consagrados por el capitalismo es desacreditado, inferior, ignorado/ante, prescindente, divergente.

Palabras como tiempo, verdad, trabajo, política, producción, progreso, familia, amistad, universidad, Estado, saber, ciencia, Patria que fueron fundantes de mi ser en el mundo, de repente entraron en crisis y las encontré viejas, gastadas, vaciadas de sentido: impuestas.

La misma ciencia con su obsesión por la exactitud y los indicadores sobre la experiencia ha perdido creatividad y vuelo; se ha enamorado de sí misma, sus métodos y métricas, se ha fanatizado y vuelto literal: qué se puede investigar, cómo, con qué autores, la prepotencia de la fuente (la permitida por el canon, claro), hasta dónde, qué temas, qué extensión. ¿Cuántos saberes imprescindibles, nuevos, recreadores son expulsados a diario de las universidades, porque “las cosas son de esta manera”? Las ciencias sociales – ¿habrá alguna que no lo sea?- deviene gueto y pierde el ansia, la duda, el afán de especular y adivinar. Ya hemos visto: lo exacto no sirve cuando la naturaleza cambia las reglas de juego.

En la pandemia el tiempo se detuvo, un paréntesis en el ritmo frenético y de mera utilidad. Sin trabajo, encerradas/os, sin la exigencia de la producción, “la lucha por la vida”, el tiempo ocioso se volvió una carga: había que llenar el tiempo, ocuparlo con algo: cocinar, hacer yoga, tejer, la huerta orgánica. Entonces surge otra certeza: cuando dejamos de ocupar el tiempo, de llenarlo con tareas previstas por el sistema alienante (8 horas para producir, 8 para esparcimiento, o para descansar), el tiempo nos ocupa, nos llena, se extiende en nosotras/os y nos lleva, como a las hojas el viento: aprovechar el escaso sol del otoño, pensar, sufrir, encontrarse –enfrentarse- con una/o misma/o y con la naturaleza, fluirse, fundirse, dejar de luchar contra el tiempo perdido para que el tiempo nos encuentre. El tiempo no pasa: nos pasa, nos atraviesa. Los que pasamos somos nosotras/os. Y allí comienza a resquebrajarse el/la sujeto capitalista: liberar el tiempo del reloj y las agendas y descubrirle otros modos de ocuparlo. Si el tiempo llegaba a su fin, si ya no podíamos evadir la muerte, distraernos de ella haciendo otras cosas, ¿cuál era el sentido de correr detrás de las promesas de bienestar, progreso, futuro, apuradas/os, realización, persiguiéndolo, mito de la juventud eterna, divino tesoro, producción, reproducción y éxito, rendimiento y plusvalía, *carpe diem*? Y al final, nada. Ni siquiera la piedad de poder despedirnos de nuestra/os muerta/os.

Humanidad cyborg

El caos habilita una dimensión para la re-flexión. O no.

La pandemia nos enfrentó a la contradicción del mundo moderno y capitalista: el uso del tiempo, pero también la excelencia, la verdad, la justicia, la política, el trabajo “productivo”, los “proyectos”, los “deseos”, todas variables dominantes y domesticadoras, que la pandemia explotó.

El filósofo chino [Byung-Chul Han](#) habla del individuo autoexplotado, nuevo sujeto histórico del capitalismo y afirma que “el ‘régimen de la información’ ha sustituido al ‘régimen disciplinario’ "Hoy vivimos presos en una caverna digital aunque creamos que estamos en libertad", señala. Es decir, que sólo habríamos logrado salir de la caverna de la caverna, que emocionadas/os por haber descubierto las posibilidades de la inteligencia no percibimos que esa inteligencia es el epitelio, apenas la primera etapa de la azarosa, apasionante -sobrenatural por qué no- existencia. Quién puede asegurar, con fundamentos irrefutables, que logramos salir de una caverna sólo para ingresar en otra que ni siquiera podemos pensar.

Debí amigarme con la muerte y entenderla como continuación de la vida por otros medios, no ya como lugar oscuro, postergado, evadido, tabú. La muerte, mi muerte. Nombrarla como destino natural y no como fatalidad. Podemos, debemos morir y no sólo materialmente. Morir lo que ya no somos, lo que ya no nos pertenece, lo que ya no creemos y renacer hasta que la vida disponga, tantas veces como sea necesario.

¿Somos mejores porque hablamos? ¿El habla no es, también, al tiempo que una tecnología de enlace, una forma de configuración, de control, prueba evidente de nuestra incapacidad de comunicarnos, ese sueño inalcanzable? ¿Existe el alma, o es un programa más de control que les negamos al resto de las especies, simplemente porque no la pueden nombrar? ¿Qué es la conciencia? ¿De dónde viene la obsesión por el futuro y los proyectos? ¿Son reales o nodos –“tradiciones selectivas”, dirá Raymond Williams- que le permiten a la especie funcionar, negando la muerte, el fin necesario para la continuidad de la especie?

Siguiendo a Haraway (2018) y su intento superador del feminismo marxista, podemos arriesgar que somos cyborgs. “Un cyborg es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción... una especie de yo personal, postmoderno y colectivo desmontado y vuelto a montar” (pág. 42). La idea es perturbadora pero exacta: estamos integrados por fragmentos, fragmentos autónomos pero a la vez conectados en nodos cada vez más globales e interdependientes. Ya no hay límites entre los cuerpos, las tecnologías, la naturaleza: tengo implantes oculares, me extrajeron la [vesícula](#), mi

[tiroides](#) requiere de complementos artificiales (T4) para no dañar mi cuerpo que tiende a generar [patologías autoinmunes](#) por exceso de sobreadaptación. Los celulares, las tablets, las pantallas son hoy extensiones de nuestro cuerpo, chips que en algún momento [se integrarán en nuestro organismo](#). De repente, en medio de la marcha callejera una/o transeúnte “se tilda”, “se desconecta” del contexto, neo zombie, indiferente del riesgo del tránsito para ingresar en un mundo otro que está ahí pero al mismo tiempo en todas partes, ninguna. Es tanta nuestra precariedad de subsistencia que no sabemos vivir ya sin servicios esenciales (luz, gas, agua) y ni pensar en autoabastecernos para la supervivencia. Se caen los sistemas, se corta la señal, la luz, el agua y entramos en [pánico](#).

Celebramos la creación de la penicilina y las vacunas, pero desconocemos los efectos que los fármacos –productos artificiales, químicos que ingerimos como caramelos: tecnologías– tendrán sobre nuestra [evolución](#). El Gran Hermano capitalista paranoico, paranoide es anciano: no se trata ya de vigilar para controlar sino de la entrega incondicional, irracional, adictiva “al sistema” de nuestra vida toda, que incluso es capaz de (ex)ponerse en juego –y perderla– en una [selfie](#), por un “like” o un [juego en línea](#).

En una de sus últimas intervenciones artísticas, [Madonna](#), la provocadora artista pop, protagoniza un video en el que su avatar simula parir un árbol. La sanción fue inmediata y previsible: lo primero –tal vez, lamentablemente, lo único– que pudieron ver las/os detractora/es, garantes del orden occidental, es la vulneración de lo instituido: una ¡vaginal, ¡íntegra!, ¡minuciosa!, ¡sin esconder nada! Qué oportunidad perdida para debatir desde el arte, la propuesta política, estética, ética de la *performance*: una mujer, un ser vivo, pariendo(se) nueva, virginal, en dinámica simbiosis (¿qué es primero: la mujer, el árbol; quién pare a quién?). El patriarcado y sus instrumentos disciplinadores van (y ven) en un solo sentido y dispone qué se dice y quién.

“No tengo más que una lengua, no es la mía”, afirma Derrida (1997:13). Y ofrece, ante la ausencia de un modelo de identificación estable para la/el sujeto tres posibilidades de posición: 1) la amnesia, desintegración y locura; 2) la identificación con los estereotipos y discursos dominantes (amnesia integradora); 3) una hipermnesia, el ejercicio de una anamnesis que vaya más allá de la simple reconstitución de una herencia y un pasado disponibles y que permita imaginar una pre-primera lengua no alienada que deje huellas de su pasaje en la lengua materna aun sin haber existido realmente.

Deleuze dialoga con Haraway y, a su manera, con Derrida, cuando propone el concepto de “rizoma”: un sistema cognoscitivo en el que no hay puntos centrales —es decir, proposiciones o afirmaciones más fundamentales que otras— que se ramifican según categorías o procesos lógicos estrictos.

El rizoma conecta cualquier punto con otro punto cualquiera para ir más allá de esta lógica de la bivalencia que ha tenido prisionero al pensamiento occidental desde hace siglos. Sujeto a las líneas de segmentariedad y de fuga, que siempre apuntan a direcciones nuevas, que pueden ser rotas, interrumpidas en cualquier parte y en cualquier momento y resurgir nuevamente con nuevas alianzas. Ruptura (alternar, variar, quebrar), desterritorialización: ampliar nuestro territorio hasta que logre englobar todo el plan de consistencia en una máquina abstracta.(5)

Ni lo Uno ni lo Múltiple: dimensiones, direcciones cambiantes sin principio ni fin; un medio por el que crece y desborda, sin sujeto ni objeto. (Deleuze - Guattari 2004: 22).

Ni apocalípticas/os ni integradas/os: cyborgs. “El cyborg está fuertemente comprometido con la parcialidad, la ironía, la intimidad y la perversión... La relación para formar todo con partes... son primordiales en el mundo cyborg” (Haraway, pág.13). Porque ¿qué tal si la teoría de Plastino estaba en lo cierto, que resulta que traemos impresa, junto con la vida, la extinción, que engendramos nuestra propia muerte y que la alternativa de la continuidad no está en la permanencia sino en el transcurrir, en los infinitos acoples de terminales y nodos que nos enredan en algo orgánico y único, que como ya hemos visto, solas/os no se salva nadie?

Si podemos vivir sin vesícula, sin tiroides, por qué no pensar en que en millones de años —si no eliminamos antes lo que queda de naturaleza- adquiriremos otras formas, no sólo vinculadas con las tecnologías sino, sobre todo, con otros organismos y anatomías y que las catástrofes no son anomalías que hay que controlar si no parte del proceso evolutivo con el que debemos convivir o [conciliar](#). El reciente —aunque fallido- trasplante del [corazón de un cerdo](#) a un hombre, la creación de un [exo esqueleto](#) para devolverle la movilidad a un niño habilitan la especulación.

Siento, luego existo

Este mismo texto es cyborg: es posible por una tecnología (la escritura), que se nutre de nodos informativos y, al mismo tiempo, sensibles, que captan una unidad entre las infinitas

terminales de pensamiento; que fluye, juguetón, anhelante, desde lo animal, lo perceptual hacia lo conceptual, lo onírico y lo espiritual, el palimpsesto que constituye la identidad, y que busca conexiones que le permitan asumir la entropía (desorden, caos) no como pérdida sino como característica de los ciclos naturales. Y no sólo eso: que se abre a los diálogos, los aportes, las dudas, las preguntas, los desacuerdos de lo que somos y hemos sido.

[La baja en el índice de natalidad](#), [los cambios físicos](#), las catástrofes naturales, la relación conflictiva, contradictoria de las/los humanas/os con [el ambiente](#) y las otras especies, el impacto de las tecnologías en la subjetividad y los vínculos, el resquebrajamiento de los relatos imperialistas y establecidos son algunos de los indicios de la reconfiguración constante, inevitable de la existencia, el fino, arriesgado, filoso borde en el que elegimos jugar la vida.

¿Quién iba a decir que luego de la pandemia COVID 19, apenas unos meses después de que la vida enfrentara una amenaza severa, todavía bajo la supremacía del virus que muta feroz, implacable, impenetrable, inasible, con placebos inciertos, seríamos testigos pasivos de una [guerra](#) –en vivo y en directo- en el mismo “corazón” de la civilización occidental, entre países hermanos, por meros delirios de dominio de propiedad y poder?

El objeto murió, la objetividad no existe, la racionalidad tambalea. La preminencia del objeto, sea cual fuere, cierra el conocimiento, lo anquilosa y lo clausura –lo burocratiza– y lo obliga a hablar en jerga sin sustancia ni corazón. Existe el sujeto y su tendencia a la inestabilidad, a la duda, a la incertidumbre y a la novedad. Es el sujeto el que garantiza la apertura y la continuidad, el develamiento de nuevos objetos, rumbos y voces, el desmayo y la resurrección. (Casabone, 2016).

Raymond Williams, desde los [estudios culturales](#), incorpora la idea de “la estructura del sentir”. Cada generación, afirma el autor, vive y produce su propia estructura del sentir, cuando ciertas conductas sociales son incorporadas por los individuos en sus prácticas cotidianas. A diferencia del modelo social (“lo que se piensa que se está viviendo”), la Estructura del sentir es lo que efectivamente se experimenta; vidas en proceso de los sujetos históricos, experiencia social dinámica que a menudo se percibe y reconoce como privada(6).

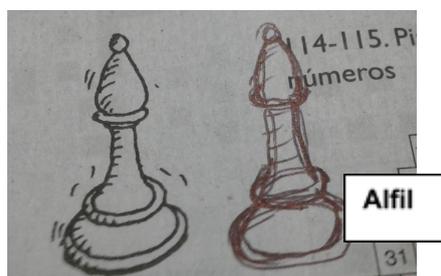
El arte y la literatura –sería esperable que también la ciencia- traman estas estructuras del sentir, dejan constancia de lo que el modelo social omite y pueden alterar los límites de una hegemonía que tal vez las incorpore pero parcialmente El cambio, el movimiento en la historia

se produce cuando una estructura del sentir ya no puede contener ni decir las novedades sociales.

No sé si Plastino habrá podido confirmar su teoría y no importa. Pero es válida, necesaria la pregunta, la búsqueda que tal vez no surja de la razón sino del mero instinto de persistir. Tal vez la vida, como los planetas, se agotan y la extinción sea inevitable. Ya no –solo– las maras, la delincuencia, las y los inadaptadas/os, ni las/los marginales-marginados, ni las/os tóxicas/os, como analizábamos a principios del siglo XXI son amenazas al progreso, agresiones al modelo capitalista, desajustes, daños colaterales, sino estrategias por donde la humanidad sangra y señala, con su dedo acusador y necesario, la avaricia de la falla ecológica. Dice al respecto [Cristian Alarcón](#):

Por eso hablamos de futuridades. Lo dicen los filósofos contemporáneos en términos de crear una condición de posibilidad, para no vivir en una realidad donde la única promesa es ver el modo más siniestro de sufrir que nos promete el devenir. El devenir nos puede prometer también lo que nosotros creamos y lo que nosotros creemos. Por eso, para mí, creación y creencia son dos palabras que se me antoja juntar.

Lo cierto es que si los tiempos nos han traído hasta aquí y de cada caída surge una posibilidad, si hay algún sentido, después de todo, en esto de nacer y reproducirnos, de soñar y crear, de todo lo sorprendente y nutritivos que también somos, tal vez sea, quién sabe, la vida misma expandiéndose en nosotras/os, invitándonos, abriéndose, ofreciéndonos su infinitud para pensar y sentir. Otra vez. Mejor.



PRETENDEN, Los tipitos

<https://www.google.com/search?client=firefox-b-d&q=los+tipitos+pretenden>

Referencias bibliográficas

Berger, P. Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu edit.

Casabone, G. E. (2017). El lenguaje burocrático como género. Una lectura crítica sobre las escrituras de la modernidad. *Oficios Terrestres*, 1(35), e008. Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/oficiosterrestres/article/view/3567>

Casabone, G. E. (2017). El lenguaje burocrático como género. Una lectura crítica sobre las escrituras de la modernidad. *Oficios Terrestres*, 1(35), e008. Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/oficiosterrestres/article/view/3567>

Deleuze, G. y Guattari, F. —Rizoma. En: *Mil mesetas*. Valencia, Pretextos, 1998.

Derrida, Jacques. *El monolingüismo del otro (o la prótesis de origen)*. Buenos Aires, Manantial, 1997.

García Canclini, N. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1990.

Haraway, D. (2014), *Manifiesto para Cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX*, Mar del Plata, Puente Aéreo ediciones. Apartado I y II.

Horkheimer, M y Adorno, Th. *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987

Parra, Marina (s/d)). La hipótesis Sapir- Whorf. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado en <https://revistas.unal.edu.co/index.php/formayfuncion/article/download/29488/29695/105881>

Ramírez Grajeda, Beatriz y Anzaldúa Arce, Raúl (2014). Subjetividad y socialización en la era digital. *Argumentos (Méx.)* vol.27 no.76 sep./dic. Ciudad de México

Vásquez Rocca. Adolfo (2016). DERRIDA: DECONSTRUCCIÓN, DIFFÉRANCE Y DISEMINACIÓN. UNA HISTORIA DE PARÁSITOS, HUELLAS Y ESPECTROS. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas | 48 Asociada a Nomads. Universidad*

Complutense. Madrid. Recuperado en <https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/download/53302/48914/0>

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000. Selección: Parte II. Teoría cultural, apartados “6. La hegemonía”, “7. Tradiciones, instituciones y formaciones”, “8. Dominante, residual y emergente” y “9. Estructuras del sentir”, pp. 129-158.

Notas

- (1) “Relatos sobre ciencia” (1994), publicación de divulgación científica producida por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social – UNLP.
- (2) Las imágenes utilizadas fueron tomadas del material de la Cátedra “Literatura Norteamericana”, Facultad de Ciencias Sociales, Dpto. Letras, UNLP. 2021.
- (3) Imagen tomada del sitio Web https://es.123rf.com/photo_32944272_la-evoluci%C3%B3n-de-la-tierra-hace-205-millon-es-de-a%C3%B1os-hasta-la-actualidad.html
- (4) “Derrida y la deconstrucción”, 19 de febrero de 2012. Recuperado en <https://sitiocero.net/2012/02/derrida-y-la-deconstruccion/>
- (5) Material bibliográfico de la Cátedra “Teoría Literaria”, Facultad de Humanidades – UNLP. Cursada 2021.
- (6) Material de la Cátedra “Teoría Literaria I”. Facultad de Humanidades UNLP. 2021.